

El proyecto europeo: Integración, identidad y el dilema de la soberanía

Rodríguez Cuatianquiz Elisa Marisol

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales



Europa logró, tras 1945, lo que parecía imposible: convertir un continente devastado por guerras nacionales en un espacio de cooperación económica y política sin precedentes. La Unión Europea nació como antídoto contra el nacionalismo extremo y como promesa de paz permanente. Sin embargo, en el siglo XXI el proyecto europeo enfrenta tensiones profundas: crisis económicas, Brexit, auge de partidos nacionalistas, conflictos migratorios y divisiones internas sobre política exterior.



Estamos ante el desgaste natural de un experimento histórico ambicioso o ante una crisis estructural que podría redefinir el futuro del continente?

Este artículo analiza lo que denominamos el “trilema europeo”:

La dificultad de armonizar tres dimensiones que parecen chocar entre sí —integración supranacional, identidad nacional y soberanía política—.

Durante siglos, Europa fue escenario de guerras constantes. Desde la Paz de Westfalia (1648), el continente se organizó bajo el principio del equilibrio de poder: ningún Estado debía dominar completamente a los demás. Este sistema, aunque relativamente estable, produjo conflictos devastadores culminando en las dos guerras mundiales.

Tras 1945, el cálculo cambió: la competencia ya no era garantía de estabilidad, sino amenaza de destrucción total. La integración económica —iniciada con la Comunidad del Carbón y del Acero— buscaba hacer la guerra materialmente imposible.

Este giro representó una innovación histórica: por primera vez, los Estados europeos limitaron voluntariamente su soberanía para preservar la paz.

Pero esta cesión de competencias nunca fue absoluta. Las crisis recientes han demostrado que, cuando la presión aumenta, los gobiernos nacionales tienden a priorizar intereses internos.

Identidad europea: ¿mito, proyecto o proceso?

Uno de los mayores desafíos del proyecto europeo es cultural. Como señala George Steiner, Europa no es una identidad homogénea, sino un “torbellino” de tradiciones, lenguas y memorias. La diversidad es su esencia.

Ulrich Beck propuso entender la Unión Europea como un experimento de “cosmopolitismo institucional”: no elimina las soberanías, sino que las entrelaza.

Programas como Erasmus han generado una generación con identidad europea más fuerte que sus antecesores. Sin embargo, el auge del euroescepticismo muestra que la identidad nacional sigue siendo políticamente poderosa. La crisis migratoria reveló esta tensión con claridad: mientras Bruselas defendía valores universales, varios Estados reivindicaban control soberano de fronteras.

La pregunta no es si Europa debe elegir entre nación o integración, sino cómo puede equilibrar ambas dimensiones sin destruir el proyecto común.

La pandemia de COVID-19 y la guerra en Ucrania mostraron dos caras de la Unión Europea, al inicio de la pandemia, cada país actuó de forma unilateral. Pero posteriormente se creó el fondo de recuperación NextGenerationEU, financiado con deuda común —un paso histórico hacia integración fiscal.

La guerra en Ucrania generó otra transformación: sanciones coordinadas, aumento del gasto militar y redefinición energética.

Las crisis revelan tensiones, pero también capacidad de adaptación.

El futuro europeo dependerá de construir un “patriotismo reflexivo”: una identidad que no sustituya lo nacional, sino que lo complemente.